

Caleidoscopio

Alejandro Otero para recordar

José María Salvador

Acaba de inaugurarse en la Sala de Arte Sidor, en Ciudad Guayana, la exposición **Alejandro Otero. Memorabilia**, la cual se complementa con un catálogo que a lo largo de sus 40 páginas esboza un acercamiento analítico a la vigorosa producción de este maestro venezolano fallecido hace tres años. Conformada por 30 obras, que abarcan desde su período escolar hasta sus últimas propuestas a escala urbana, la muestra ha sido concebida con carácter de retrospectiva; restringida en sus dimensiones cuantitativas, pero cabalmente representativa del múltiple quehacer de este.

Merecido homenaje a Alejandro Otero, dicha retrospectiva en la región de Guayana se hacía más que justificada. Era hora ya de mostrar una panorámica de la obra de Alejandro Otero en su propia región natal, donde -si se exceptúa la exposición individual "Alejandro Otero. Las estructuras de la realidad", presentada hace un par de años en el Museo Jesús Soto de Ciudad Bolívar, según proyecto del Museo de Bellas Artes de Caracas- jamás se había exhibido un conjunto orgánico de obras originales. La exhibición facilita, además, que el público local pueda apreciar, en apretada sinopsis, los diferentes períodos estilísticos que signaron el cambiante devenir estético de ese inquieto y siempre alerta inventor de formas plásticas. Por si fuera poco, esa muestra antológica permite reafirmar una vez más, el incontestable valor y la plena vigencia de la obra poderosa y el agudo pensamiento estético de Alejandro Otero, uno de los creadores más completos, versátiles y consistentes que haya engendrado Venezuela a lo largo de todo su decurso histórico.

Y es que, en estos tiempos de apabullante improvisación y de mediocridad instalada, Otero sobresale como un creador de sólido talante y vigorosa personalidad, cuyos planteamientos plásticos se sustentaron siempre en profundos conocimientos teóricos, en firmes convicciones doctrinarias claramente definidas. Fue él un honesto buscador de valores genuinos en el ámbito artístico, un trabajador incansable siempre dispuesto a experiencias desconocidas e indagaciones sin garantías tranquilizantes, en procura ansiosa de nuevas posibilidades expresivas o comunicativas en

su quehacer de inventor de formas.

Por mucho que, en algunos momentos álgidos de su carrera, hubiese llegado a conformar una producción o modalidad estilística de gran aceptación entre los entendidos -como aconteció con las **Cafeteras** y, pocos años después, con los **Coloritmos**-, supo él eludir la halagüeña tentación de dormirse en los laureles y de repetirse a sí mismo en una "fórmula" de éxito. Por el contrario, sin temer cambiar de rumbo en brusco quiebre, cerró después de un tiempo prudencial aquellos capítulos afortunados de su trayectoria vital, hasta el extremo de aventurarse una y otra vez en derroteros para él inexplorados. Sólo en virtud de esa valiente capacidad de aventura pudo, por ejemplo, renunciar de improviso a los exitosos **Coloritmos** para realizar -a las antípodas de semejante estética- el conjunto de **Telas monocromas** y las simultáneas series de **Ensamblajes y encolados**, con desechos y "objetos encontrados".

Alejandro Otero es, a no dudarlo, uno de los creadores venezolanos de mayor consistencia, tanto en sus realizaciones fácticas como en sus conceptos teóricos, hasta el punto de que se convirtió pronto en uno de nuestros artistas de mayor prestigio nacional e internacional. Su vasta cultura estética (adquirida a pulso, gracias al detenido estudio de la obra de los grandes maestros modernos y tras muchos desvelos en lecturas y meditaciones incansables), unida a la agudeza de su mente analítica y su rigor intelectual, le permitieron constituir un nutrido corpus de textos teóricos sobre arte y cultura. Esas innumerables y enjundiosas disquisiciones han quedado, por fortuna, recogidas en el libro **Alejandro Otero. Memoria crítica**, a cuya reseña dedicaremos en breve un artículo aparte.

Por otra parte, en su prolífica labor plástica, Otero atravesó por varias etapas o períodos estilísticos bien definidos (en ocasiones, contradictorios en apariencia), ejecutó un abundante conjunto de pinturas de caballete, participó con entusiasmo en la integración del arte al contexto urbano-arquitectónico, diseñó monumentales estructuras tridimensionales para los espacios públicos, e incluso llegó, en el crepúsculo de sus días, a concebir megaproyectos tecnológicos de tal envergadura y complejidad que rozan casi los límites de la utopía.

Por extraño que parezca, la obra de Otero no ha sido aún adecuadamente explicada e interpretada, pese a los parciales acercamientos iniciados en algunos proyectos museográficos previos. Esa amplia y compleja producción artística todavía reclama y necesita un estudio académico que analice de modo profundo y sistemático su origen emotivo o eidético, sus fuentes de inspiración, su naturaleza y significación, así como la eventual repercusión del trabajo teórico y práctico de este revolucionario faenero del arte nuevo que fue Alejandro Otero.